

HABLEMOS DEL QUIJOTE



El Cura

DECÍAMOS en los números anteriores que a medida que avanzaba la obra Cervantes, iba incorporando nuevos personajes a la misma; sin embargo al Cura y al Barbero ya los concibió desde el principio.

Incluso nacen antes que Sancho Panza quien, como dijimos, aparece por primera vez cuando don Quijote preparaba su Segunda Salida (I-7) y ellos lo hacen a la llegada de la Primera: «estaban en la casa el cura y el barbero del lugar que eran grandes amigos de don Quijote». (I-5).

Cervantes nos presenta al Cura como «hombre docto y graduado en Sigüenza». Pero Sigüenza y Osuna eran Universidades Menores, y de muy poca fama, de modo que esa alabanza se transforma en guasa. En contraposición con su gravedad eclesiástica es, en opinión de Sancho, «alegre y amigo de divertirse».

Cuando don Quijote llegó a su casa el ama estaba diciendo: «¿Que le parece a usted señor licenciado Pero Pérez- que así se llamaba el cura- de la desgracia de mi señor?». La sobrina decía lo mismo y aún decía más: «Más yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran ...y quemaran estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes».

«Esto digo yo también- dijo el cura, y a fe que no pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego porque no den ocasión a quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho».

A la mañana siguiente empezó «el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo» que contenía cien cuerpos de libros grandes y bien encuadernados y otros pequeños (I-6). Con el pretexto de indagar si algunos de los libros merecía ser indultado del fuego aprovecha Cervantes para dar su opinión sobre los que eran más famosos en aquella época. ...Al fin cansose el cura de ver más libros, y así, quiso que todos los demás se quemasen.

Reaparece el cura, en compañía del Barbero, en la venta en que había sido manteado Sancho. Este, que se dirigía hacia El Toboso para entregar a Dulcinea la carta de don Quijote, respondiendo a sus preguntas «de corrida y sin parar», les contó de la suerte que quedaba don Quijote en Sierra Morena y las aventuras que les habían sucedido.

Quedaron admirados los dos de la locura de don Quijote y es entonces cuando el Cura planea la bufonesca mascarada para volver a don Quijote a su hogar (I-26) y se inventa el personaje de la princesa Micomicona, que ha de volver al Reino Micomicón, pasando por la Laguna Meona (I-29) «Habiendo bien pensado vino el cura en un pensamiento y fue que el Barbero se vistiese de escudero y él se vestiría de doncella y fingiéndose afligida y menesterosa pediría a don Quijote que se viniese donde elle le llevase, a desfacarle un agravio que un mal caballero le había hecho» y con este engaño llevarle a su lugar donde procurarían algún remedio a su extraña locura (I-27). Pidieron a la ventera unas sayas y unas tocas, y el Barbero se hizo una gran barba de una cola roja de buey, donde el ventero colgaba el peine.

Apenas habían salido de la venta cuando le vino al Cura el pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así y le rogó al Barbero que le trocase los trajes. El problema se solucionó después cuando encontraron a Dorotea y ésta se ofreció a hacer de doncella librándolos de este papel tan poco airoso.

Después de muchas aventuras y peripecias, a cuál más jocosa, consiguen hacer creer a don Quijote que está encantado. Le introducen en una jaula y le trasladan hasta su pueblo en una carreta de bueyes.

Durante el camino Sancho que ha reconocido al Cura, a pesar de ir disfrazado, le censura: «¡Ah, señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes».

Así llegamos al último Capítulo de la Primera Parte, en el que llegado don Quijote a su casa el Cura encarga a la sobrina «que tuviese gran cuenta con regalar a su tío, y que tuviese en cuenta que no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa» (I-52).

Empieza la Segunda Parte con el Capítulo titulado «de lo que el Cura y el Barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad» donde cada uno de ellos expone su opinión, por supuesto contradictoria, sobre los libros de Caballería (II-1). Ya no aparece nuestro personaje hasta el último Capítulo (II-74) en el que don Quijote, presintiendo su muerte proclama: «Yo señores siento que me voy muriendo a toda priesa ...traiganme un confesor que me confiese ...que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma».

Acabose la confesión y salió el Cura diciendo:

«Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno».

Manuel López Gómez